

Historia del Tiempo Presente y demanda social

JEAN-PIERRE RIOUX
Inspecteur Général d'Éducation Nationale, París

Frente a un asunto tan vasto como el que es abordado aquí por un historiador de la Francia contemporánea, se imponen algunas precauciones preliminares. Tres al menos merecen ser subrayadas.

1. TRES PRECAUCIONES

1) Sin volver ahora sobre las definiciones de una historia del tiempo presente, sobre el perfil metodológico e incluso epistemológico que ella ha diseñado para su propio uso, de manera a veces empírica pero a fin de cuentas bastante segura, es claro que la naturaleza y el objeto mismos de esta historia conducen a recusar sin ambages toda distinción de principio, demasiado abstracta, entre la oferta y la demanda científicas. Cualquiera que sea la definición que se proponga de ella —término de una periodización que la identifica con una historia plenamente contemporánea; modo crítico particularmente favorable a la observación de la obra del tiempo en el presente; o intercambio tangible, construido, objetivado, entre la memoria tan cargada y el acontecimiento-esfinge tan desconcertante— esa historia coloca al historiador en su corazón mismo.

Ella le pone en situación original e inédita, porque para realizar su oficio, para producir tal historia, no puede contentarse con revestirse de su triple estatuto heredado, al menos en Francia, de sabio, de gran maestro republicano y de intelectual en pleno ejercicio, porque está él mismo inmerso en su tiempo, aunque oscile también al hilo de la corriente, porque toma más o menos partido, en el sentido social y cívico del término, en la formulación de interrogaciones, de demandas, incluso de exigencias. Porque está, en una palabra, apostado a una y otra parte de la frontera que separa, en la historia de periodos más antiguos, la oferta y la demanda, el saber y la acción, la pregunta y la respuesta.

Es esta indecisión misma, este merodear a una y otra parte de las delimitaciones heredadas, las que han nutrido frecuentemente el acta de acusación contra la historia del tiempo presente. La proximidad es demasiado evidente, se nos ha dicho, el tiempo estudiado no está suficientemente cerrado, la inmersión del investigador es demasiado completa para que se pueda pretender hacer otra cosa que buen periodismo menos efímero, o mismamente sobrenadar en esa ola ininterrumpida de provocaciones del presente, actualizadas sin tregua por la *mediación*, convertidas puramente en eventuales por un curso del tiempo mal encauzado. Claramente: porque no conoce la continuación, el historiador del tiempo presente no sabrá jamás escoger con utilidad y, sobre todo, estará siempre emparedado entre la oferta de verdad científica que él hace y la demanda social de historia inmediata que le empuja sin darle respiro.

Frente a esta fuerte objeción, hemos sabido responder victoriosamente repitiendo, con pruebas a la vista, que descubrir la presencia del tiempo estaba claramente en la vocación del historiador y que el ejercicio de esta presencia afinaba nuestra primera vocación, puesto que de pasada permitía llamar la atención acerca de que la historia estricta no estudia el pasado sino que se obstina en hacer comprender la obra del tiempo sobre las sociedades humanas. Hemos mostrado también que, en términos metodológicos, las viejas reglas técnicas del oficio no tenían apenas necesidad de ser modificadas. A condición de aplicarlas con un escrúpulo particular y una atención todavía más vigilante, ellas bastan para hacer, y hacer bien, una historia de la presencia del tiempo hasta nuestros días.

Lo cual no obsta para que, a pesar de todas las precauciones que se tomen, a pesar de la fuerza operatoria de este *satisfecit* disciplinar, el historiador del tiempo presente esté colocado en primera línea y por tanto resulte el más expuesto a una perversión de la investigación que le lleve blandamente a favor de la corriente, y a la tentativa, confesada o no, de escamoteo de la libertad constitutiva de toda operación científica que es la de definir, delimitar, objetivar los asuntos a estudiar obedeciendo a una sola regla: el progreso del conocimiento y la búsqueda de la verdad. Porque esta regla no es ni una constante ni una línea directriz de la «demanda social».

2) ¿Qué es, pues, esta «demanda social», que se supone tan fuerte, tan plena, tan generalizada también, en estas sociedades fin-de-siglo tan presionadas ellas mismas y en algún caso tan desmembradas que no saben incluso, a veces, formular sus interrogaciones?. Establezcamos un postulado que clarificará el propósito: llamemos «demanda social» a toda pregunta elevada —después de su formulación, socialización y «mediatización»— por una sociedad dada en un momento dado y cuya respuesta ha sido pedida a historiadores científicamente constituidos, autorizados por la sociedad para ejercer su arte bajo una etiqueta oficial, en instituciones públicas de enseñanza y de investigación. Los «petitionarios» pueden ser el Estado mismo, las instituciones, las colectividades locales, asociaciones, *medias*, empresas, grupos humanos y hasta individuos decididos, atormentados por una cuestión histórica ella misma tormentosa o a la

que quieren ilustrar útilmente, para conocer el pasado divisoando juntamente mejor el porvenir. Todos ellos quieren comprender el efecto que ha tenido el tiempo sobre la cuestión que les preocupa.

3) Ahora bien, que la historia tenga que estudiar el tiempo que pasa más bien que el pasado no es una formulación percibida y admitida. Es demasiado científica, demasiado poco *mediatizable*, demasiado mal situada sobre una línea de progreso que uniese pasado, presente y porvenir, demasiado a contrapelo de creencias sociales en un «sentido de la Historia», incluso en la existencia de «lecciones de la Historia», sin las cuales el grupo humano no quiere sobrevivir y progresar. Se puede deplorar esta incomprensión, pero así se muestra; existe, y el historiador del tiempo presente, en este punto también, se encuentra en primera línea para experimentarla, con frecuencia dificultosamente, porque le niega constantemente su derecho a la investigación libre. Incluso, esta dificultad existencial se ha establecido aún más sólidamente desde hace una veintena de años, después de que Francia y los franceses hayan modificado y reorientado los términos de su relación con el pasado.

Toda esta es una difícil cuestión que apenas tenemos tiempo de abordar aquí hoy, pero que naturalmente subyace en una buena parte de lo que diremos. De manera breve: conjuntamente con las derivaciones de Mayo del 68, en el curso de una crisis que se ha generalizado, en las desregulaciones que ha experimentado la transmisión del saber y del civismo, en el relajamiento o, incluso, en la ruptura de la relación entre generaciones, en la mundialización y europeización de tan gran cantidad de fenómenos, Francia —y ella no es evidentemente el único Estado-Nación en este caso— vive intensa y difícilmente una mutación, más o menos explícita pero profunda, de sus relaciones con el pasado.

Y más brevemente aún: no se trata, parece, de aceptar una historia que se convirtió en el siglo XIX en maestra y constitutiva de la Nación, sino de dar retroactivamente curso libre al imperativo de la memoria, a la reivindicación de la raíces, a la búsqueda de la identidad, a la preferencia por el comunitarismo y el individualismo antes que la nacionalización, a la proclamación del derecho antes que al balance de lo heredado, a fijar la pertenencia y la diferencia antes que desear perpetuar un proyecto común. A una sociedad centrada en el Estado según la herencia combinada de la Monarquía del Antiguo Régimen y de la Revolución de 1789, le ha sucedido una sociedad más «nómada», diría Michel Maffesoli, más tribal, más sensible a las apariencias que a las transmisiones y a los deberes, más sensible a las memorias que al tiempo, demasiado inquieta y desmembrada para pretender reanudar sin inventario y sin «zapping» una herencia colectiva. Esta mutación lenta, que hemos visto despuntar desde mediados de los años 1970, ha aparecido más claramente ante los historiadores al filo de los años 1980 y gracias precisamente a la demostración «en hueco» que orquestó Pierre Nora en *Les lieux de memoire*.

Aún no hemos hecho la historia de esta evolución. Sin embargo, el trabajo histórico en Francia ha sufrido con ello, más o menos conscientemente pero re-

cibiendo un trallazo fuerte, todos los efectos. Sin poder entrar en los detalles de este trastorno o de este agotamiento de los viejos paradigmas, deberemos contentarnos con señalar su aspecto profundamente devastador para nuestro propósito; lo encontraremos frecuentemente. No quedarse en lo abstracto es el honor de esta historia del tiempo presente que ha nacido y ha crecido con él, en coherencia cronológica pero escasamente ontológica con él. Porque hemos construido una historia del tiempo presente, clásica en grado sumo, en una sociedad que justamente abandonaba su relación clásica con el pasado y que, de golpe, se detenía para formular de otra forma tanto su disconformidad como su demanda de historia. De tal manera y tan profundamente que el desafío mayor para la historia del tiempo presente es que ésta es exactamente contemporánea de una profunda crisis social de la relación con el pasado en nuestras sociedades. Esta cuestión central subyace a la breve tipología de tal demanda social que es preciso ahora sugerir.

2. LA DEMANDA DE PERITAJE

He aquí en principio la petición más antigua si no es la más floreciente hoy en día. Es ésta seguramente la que, a primera vista, nos plantea menos problemas. Porque este pedir la visión de un experto coloca la historia como un instrumento de conocimiento, un instrumento de medida, un *test* prospectivo, un indicador para la acción. Ha nacido tal petición en los años 1960, cuando las jóvenes ciencias sociales eran solicitadas abundantemente por los poderes públicos, las administraciones y las empresas, en nombre de una idea fija: siendo ya en adelante la investigación un imperativo nacional, la mediación entre ciencia y práctica se imponía en nombre de una modernización que era preciso planificar para poder imponerla mejor. La ideología latente era la de una especie de «mendésismo»¹ práctico que había aparecido en 1957 con ocasión de un coloquio inaugural en Grenoble. El saber participaría en la planificación, la dirección por objetivos y la cultura del contrato serían los garantes de una renovación de las ciencias del hombre sobre un modelo de fuerte impronta americana. Más claro: gobernar era elegir después de haber construido bien los *dossiers*. Este ideal, por definición, ha atrapado y nutrido por de pronto la economía, la sociología o la psicología social, con laboratorios y equipos *ad hoc*. La historia no ha recogido más que las migajas de este maná del peritaje, en virtud de una regla falsa pero tácita que todos los actores habían interiorizado en la época aunque no se hubiese enunciado: la de que una sociedad que valoriza la innovación no tiene por qué retornar sobre su pasado. Y en virtud también de la soberanía de la historia sobre las demás ciencias sociales, cosa aceptada pero demasiado altiva, y quizás también, a la inversa, de sus dudas para definirse ante todo como una ciencia social. Clío contemplaba esta agitación de peritaje

¹ Alusión a la ideología del ministro P. Méndes-France. [Nota del traductor.]

y modernización desde demasiada altura para poder participar en ella plenamente.

La historia del tiempo presente ha arribado al mercado de los contratos en el momento —al comienzo de los años 1980— de la maduración de las promesas de 1960, pero también en el momento en que las otras ciencias sociales acabaron por facilitar un peritaje más decepcionante y elaborar indicadores menos fiables, porque estaban menos atentas a las mutaciones imperceptibles de una sociedad ya entrada en crisis de forma clara y no habían afilado debidamente esos instrumentos nuevos para percibir y medir el cambio. Aquel fue también el momento en que la innovación y la prospectiva pública o privada dejaron de estar ya tan claramente en sazón: el *Plan* periclitaba, los grandes temas unificadores de la investigación en ciencias sociales estaban minados en su interior por la crisis. La historia del tiempo presente ha podido desde entonces prestar sus mejores servicios porque su acercamiento más contingente a los asuntos resultaba más eficiente para responder a los nuevos interrogantes sociales: la identidad indecisa, la circulación de la información, la gestión de los recursos humanos, la remodelación de la empresa en medio de una competencia recrudescida o la evolución del trabajo en virtud del paro y la mundialización.

Los puntos de aplicación de esta demanda de peritajes históricos han sido variados y de éxito desigual. La *Public History* a la americana apenas ha penetrado en Europa. Las historias de empresa, después de algunas remontadas espectaculares, no han vuelto a ser alimentadas en función de que las propias empresas han tenido que someterse, sin lamentos inoportunos, al régimen de decisión brutal (no hay historiador posible en la cabecera de Vilvorde²), de la reconversión de urgencia, de la sumisión a las nuevas leyes del mercado europeo y mundial. Por el contrario, en función de retos no económicos de plena actualidad (pensemos, por ejemplo, en la historia de las políticas culturales o en la historia local) ha florecido una historia de las decisiones.

Así, grandes instituciones y ministerios han juzgado oportuno y útil para su buena marcha, desarrollar en su seno una cultura histórica construida con solidez sobre el testimonio de los predecesores y sobre la revisión de ciertas acciones pasadas. Los Comités de Historia de diversos ministerios (Finanzas, Interior, Cultura, especialmente) son el mejor ejemplo de esta estricta aplicación de un reparto de tareas bajo contrato. Y, sobre todo, tal o cual categoría amenazada, tal institución deteriorada, tal empresa reestructurada o comunidad militante amenazada de muerte o de fracaso financiero, cívico o moral, han rebuscado un conjunto de argumentaciones históricas para tratar de recuperar aliento o, simplemente, para morir dignamente (así, en ejemplo reciente, el Movimiento Popular de las Familias). Por añadidura, la mediatización acelerada de los fenómenos ha multiplicado la demanda de historiadores «expertos» que

² Alusión al intento de la empresa Renault de suprimir su planta de producción en esa ciudad de Bélgica. [Nota del traductor.]

saben en todo momento y lugar resumir sus hallazgos y vulgarizarlos en el buen sentido del término.

Desde luego, se perciben bien los límites y los peligros de esta petición de peritaje: la instrumentalización siempre posible de una investigación que se muestra sin embargo rebelde siempre a todo enrolamiento, la sumisión a las exigencias de la financiación, la elección indebida de temas de trabajo o el expurgo previo de los archivos puestos a disposición del investigador. Se podrían dar ejemplos inquietantes. En cualquier caso, se puede decir que esta demanda ha estado correctamente expuesta en su conjunto y en términos que no han obstaculizado el libre ejercicio crítico del trabajo del historiador.

3. LA DEMANDA MNEMOTÉCNICA

Se trata de una demanda, por definición, «capaz de ayudar a la memoria a través de los procedimientos y asociaciones mentales que facilitan la adquisición y la restitución de los recuerdos», como dice el diccionario Robert. Este caso es hoy el más corriente y presenta problemas espinosos. Pero, en conjunto, la historia del tiempo presente sabe resolverlos.

Esta historia se hace por definición también con testigos y actores aún vivientes que saben que el olvido y la muerte les acechan; todo practicante de la fuente oral —indispensable, iniciática, pero no fundamentadora— lo sabe. Sobre el tratamiento de esta fuente tan propicia y bien dispuesta, en Francia quizás, a diferencia de España, no hemos hecho una prueba con la suficiente audacia metodológica para concederle el sitio singular que merece sin duda alguna. Tal vez la hemos encerrado excesivamente entre los mecanismos de la encuesta, con sus modelizaciones y sus progresos bien lubricados. Pero admitamos al menos que al banalizarla, haciéndola encajar en el conjunto común de las fuentes que han de entrecruzarse, hemos preservado instintivamente la producción de historia del tiempo presente de toda deriva capaz de lesionarla y hemos preservado el porvenir manteniendo a una suficiente distancia relativa este resurgimiento abundante e inédito.

Sin embargo, esta precaución de método no basta, a la vista de una demanda fuerte y continua, en la medida en que está inscrita en una búsqueda de identidad y un «deber de memoria» que han venido a ser socialmente cada vez menos eludibles. Porque los actores y testigos, humildes o prepotentes, no han esperado mucho tiempo para decir alto y claro, como lo ha probado la proliferación de testimonios en las librerías y en los *media*, que ellos no estaban dispuestos a dejar consumir sus fuerzas y a dejar de actualizar sus recuerdos aceptando que se privase de sentido a su experiencia. Algunos incluso han quemado las etapas, sea produciendo material *mediatizable* y consumible de inmediato, sea haciendo ellos mismos historias auténticas bajo su responsabilidad (y podemos leer ya un buen ejemplo, la empresa de Daniel Cordier a propósito de Jean Moulin).

Se trata en este caso, como se sabe bien, de una versión actualizada del gusto generalizado por la memoria o del activismo de las raíces, de las genealogías y las celebraciones patrimoniales que, según se ha visto, han alcanzado plenamente a nuestras sociedades. De un vivo deseo de identidad nace así esta ambición de una historia atenta al presente, cuya originalidad consistiría en estar escrita bajo el ojo de los actores y cuya vocación se dilatará en el rendimiento de cuentas de las afrentosas especificidades del siglo xx. Será esta historia una especie de evangelio eterno para los vivientes en el que el historiador podría ser el apóstol; un testimonio a buena altura científica sobre este extraño sentimiento propio de nuestro tiempo, inédito en la cascada del pasado y que desconcierta tan frecuentemente a nuestros contemporáneos. La conciencia, dolorosa o exultante, de haber sido, de grado o por fuerza, señalados, reunidos y triturados por una historia catastrófica cuyo curso no han dirigido jamás.

Dos guerras y dos crisis mundiales, una descolonización y una guerra fría, dos particiones del mundo, en 1919 y 1945, espectacularmente arruinadas en los años treinta y en el alba de los años 1990, cambios tecnológicos inauditos y una galopada en zigzag del progreso físico y moral. Es mucho, en efecto, en el espacio de tres generaciones cuya esperanza de vida, por cierto, se ha acrecentado sensiblemente. ¿Cómo extrañarse, en consecuencia, de que la relación existencial con la historia, habiendo llegado a tantos vivientes —sin hablar del peso inquisitorio de los millones de muertos producidos por las oleadas totalitarias— el deseo de una narración lineal, recapitulativa e investigadora de la aventura, haya crecido en las conciencias?. ¿Y de que las palabras patrimonio, identidad, cultura y valores hayan venido a ser casi sinónimas?.

Este anhelo de una relación fiel y de un engrosamiento del *dossier* resulta redoblado, con todos los efectos de la velocidad adquirida por la mediatización generalizada, por una especie de voluntad movilizadora de lucha contra la proliferación de lo efímero que alimenta el temor de que nuestras sociedades se conviertan en amnésicas. «Aceleración de la historia», mundialización de los retos, inmediatez de una información torrencial desgranándose en las «secuencias» de acontecimientos que tienen lugar; todos estos tristes lugares comunes del siglo xx hacen incontestablemente más fuerte la necesidad de información en caliente, alimentan una inquietud sorda en la que se mezclan nostalgias de las «bellas épocas», reacción de defensa frente al porvenir, necesidad de continuidades prefijadas y sed de identidad comunitaria.

El rechazo de lo efímero, la necesidad de establecer el sentido ahora que no se cree ya apenas en el progreso lineal, se acompañan así de un anhelo de transmitir con urgencia esta experiencia vibrante y demasiado poco locuaz a las nuevas generaciones que, privadas de toda memoria juiciosa, corren el peligro también ellas de quedar atrapadas en el remolino y a las que el «jeunisme»³ del ambiente niega además toda capacidad de fidelidad histórica. No se ha subrayado bastante, parece, cuánto se renuevan nuestras sociedades con esta pro-

³ Neologismo difícilmente traducible: tendencia a exaltar lo joven. [Nota del traductor.]

pensión a celebrar los grandes hechos de un presente memorable tal como lo inventaron la Atenas de Heródoto y de Tucídides.

Esta demanda se ha admitido y ha sido examinada y el trabajo histórico le ha aportado, no sin dificultades, elementos de respuesta. Con el riesgo de disgustar a los testigos-actores y a las comunidades resentidas por una falta de reconocimiento, ha sido preciso recordar que la historia y la memoria se oponían y que se encontraban «en ángulo recto», para hablar como Péguy, que se imponía un reparto de las tareas, que la memoria quedaba enrollada dentro del acontecimiento-fundador y del grupo-testigo mientras que la historia, como todas las ciencias sociales, se distanciaba y se objetivaba siempre; que la una cultivaba el recuerdo y sostenía la fidelidad sin hacer necesariamente un trabajo penoso, mientras que la otra no buscaba sino un trabajo con tal pena, el del conocimiento y la verdad. Pero no desgranemos más aún esta banalidad que nos ha ocupado durante tantos años. Un buen ejemplo de este trabajo fue la encuesta del Instituto de Historia del Tiempo Presente acerca del Bicentenario de 1789 en la que el objetivo historiográfico fue no ya estudiar la conmemoración en ella misma sino buscar lo que significaba o implicaba, lo que señalaba o traslucía del presente francés en 1989.

Hubo una segunda reacción historiográfica igualmente fecunda y tópica: establecer decididamente la memoria como objeto de historia, según las reglas y con todas las precauciones habituales. Esta fue una de las más auténticas adquisiciones historiográficas que la historia del tiempo presente haya generado, a través de los trabajos habituales y de las encuestas colectivas referidas sobre todo a la Segunda Guerra Mundial, pero sin olvidar tampoco otras dimensiones cronológicas (Primera Guerra Mundial, guerra de la Vendée o guerra de Argelia) y la contribución a un mejor conocimiento de los mecanismos de lo político y lo cultural, de los enfrentamientos y las crisis (la guerra franco-francesa, la emoción patrimonial, etc.), sin hablar de la renovación y la puesta en cuestión de un objeto nacional clásico: la historia-de-Francia. El «momento-memoria» de nuestra historia se encuentra en buen estado gracias a la historia del tiempo presente convertida en un elemento fecundo del «momento historiográfico» tal como señaló Pierre Nora. El objetivo ha sido reconsiderado pero, sin ceder en nada a su particularismo militante, la comunidad fue examinada sin tener que renegar en nada de la colectividad nacional. Así, la memoria nos hizo aprender de nuevo, paradójicamente, acerca de lo discontinuo, lo «acontecimental», la mediación, la virtud del olvido para alcanzar el curso real del tiempo. Así fue encauzada y perfilada la demanda mnemotécnica.

4. LA DEMANDA DE LA JUSTICIA

Todo cambió, en un impulso concomitante, cuando se manifestó —especialmente gracias al buen uso de los medios de comunicación modernos— una ambición a-histórica que M. Jospin acabó llamando «el tiempo de la me-

moria», el 20 de julio de 1997, con ocasión de la conmemoración del apresamiento [por los nazis]⁴ de Vel' d'Hiv'. Esto no es, en medio de la renovación de las generaciones de testigos, de los memorialistas y los historiadores, sino la revancha de un presente supuestamente moral sobre un pasado tenido por intrínsecamente dudoso, en un radicalismo de la defensa de los Derechos del Hombre que acusa, de una sola vez, a la comunidad política incapaz de yugular la subida del Frente Nacional, al Estado tecnocratizado (todo *enarca*⁵ sería casi un Maurice Papon en potencia), a las instituciones manipuladas por naturaleza y a las élites traidoras por esencia.

Esta corriente de los tiempos empuja a una moralización de la memoria, el deber de memoria deviene en un nuevo imperativo kantiano, la confesión y el perdón dispensan del conocimiento, la buena conciencia se desmarca del presente y del porvenir para proyectar sobre el pasado un juicio a distancia. Todo esto no tiene nada en común con el método histórico. Es, al contrario, en esto donde el bastón hiere hoy: la historia del tiempo presente sufre una variante de la demanda social que no puede recibir so pena de renegar de sí misma. Porque esta demanda de Justicia no solamente instrumentaliza al historiador sino que desnaturaliza su trabajo, haciéndole en el peor de los casos un auxiliar de la Justicia y en el mejor un último Testigo o un pseudo-Justo, convirtiendo su trabajo en un elemento concreto de un dossier judicial, es decir, en el sentido propio del adjetivo, sustituyendo a los jueces y a los Justos, o al tratamiento terapéutico.

Pero no caricaturizemos esta situación embarazosa, que es más compleja, más rica, sin duda, y quizás más prometedora para nosotros, historiadores. En adelante, en todo caso, los investigadores franceses serán sorprendidos en caliente, a veces desprevenidos, seriamente divididos, y no porque estén sometidos al fuego de una actualidad judicial o porque su peritaje sea adjuntado al dossier para esclarecerlo y ponerlo en perspectiva en el contexto, sino porque estarán obligados a trabajar como mínimo bajo la mirada del juez, cuando no es que lo estarán a participar en la instrucción misma endosándose la toga del procurador.

Esta memoria de la simple retrospección, de la singularización, de la moralización y no de la reapropiación, de compulsión de experiencias ejemplares o incluso de reinterpretación del pasado, ha tomado impulso a propósito de la ofensiva de los revisionistas que sería preciso evidentemente combatir, a propósito de las declaraciones racistas y antisemitas lanzadas por los tenores del Frente Nacional enemigos de todo «pormenor» a propósito de la historia del siglo xx y de la Segunda Guerra Mundial. Pero la ofensiva ha concentrado todos sus esfuerzos sobre el punto último, ciego, el punto omega, el *anus mundi* donde están coaligados el tema identitario, la aspiración moral y la sed de

⁴ [Nota del traductor.]

⁵ Expresión de *argot* que designa a los salidos de la École Nationale de l'Administration (ENA). [Nota del traductor.]

confesión, sin olvido ni discriminación: la exterminación de los judíos por los nazis, el genocidio judío convertido en la *Shoah*.

Los testigos más valerosos y los hijos de los deportados han llevado bien su combate, indudablemente, individualizando la cuestión para la aprehensión de los justiciables en potencia que podían todavía ser inculcados y condenados por crímenes contra la humanidad (este es, en primera lectura, el sentido del combate de los Klarsfeld desencadenado desde comienzos de los años 80) y exigiendo a la vez que el deber de memoria sea tan imprescriptible como el crimen cometido. Pero esta ambición tan tenaz como legítima conduce también a negar su plena utilidad a la Historia. Porque remite al juez la función de sancionar en nombre de una historia imprescriptible, prefiriendo lo singular de la acusación individual al trabajo del historiador que, en su caso, lleva más allá del individuo y quiere manifestar verdades propias de la especie humana. Y, sobre todo, puede desembocar en recusar en nombre de la memoria toda voluntad de comprender, de enlazar, de comparar y, en consecuencia, de erigir como Historia lo que no debe ser más que un culto inacabado de memoria. Claude Lanzmann, el autor y realizador de *Shoah*, que hizo de su película un verdadero acontecimiento en 1985, piensa, y está en su derecho, que sólo las obras de arte pueden transmitir. Pero añadió después, en 1997: «No comprender ha sido mi ley del bronce durante los años de realización de *Shoah*, era un modo a la vez operativo y ético: era como un caballo con anteojeras, queriendo fijar derechamente el horror tanto como podía. Todo lo demás es prueba de eso que llamo encanallamientos académicos». Abogar así, a la vez, por la unicidad del fenómeno y por la personificación judicial de los verdugos podría conducir a sacar la *Shoah* de la Historia. Un Lanzmann, muy de su tiempo, reniega así del proyecto de otros testigos que antes que él, como en el caso de Primo Levi, habían dicho contrariamente que ellos querían «comprender para poder juzgar».

Esta confianza en la Justicia como emisora de una historia-veredicto pone desde ahora a los historiadores del tiempo presente en una situación equívoca. La demostración de ello la hemos tenido en el juicio de Maurice Papon, en el otoño de 1997, donde los historiadores han sido llamados al estrado, para hacer un peritaje objetivo, por la defensa y por la acusación a un tiempo. Y, sobre todo, la práctica regular ahora de las comisiones de encuesta, las mesas redondas más o menos pasadas por los *media*, los tribunales de honor en los que participan los historiadores, podría hacer de la historia un instrumento de la venganza de los pueblos, un reforzamiento o una cautela en el asalto de la memoria, un auxiliar de la justicia. La tentación es tan fuerte que ha podido generar incluso modos de discusión de ciertos trabajos históricos (sobre los países del Este y el comunismo, sobre todo) o que ha hecho, a la inversa, denunciar los pretendidos privilegios de los historiadores «oficiales» en el acceso a las fuentes. Veremos en lo sucesivo desfilar procuradores y defensores, demandantes indignados y certificadores de buena conducta; en definitiva: el modo de funcionamiento judicial ha contaminado ya cierta presentación pública del trabajo del historiador del tiempo presente, esperando quizás subvertirlo aún más.

Por consiguiente, el aumento en potencia memorial de la *Shoah* ha modificado ya el ángulo de ataque de la historia de la Segunda Guerra Mundial, fijando la atención sobre este único punto privilegiado de observación. Esta obstinación tan elogiabile, osemos decirlo, ha impedido objetivamente multiplicar tanto como habría sido preciso la construcción de nuevos objetos de investigación sobre la historia de la guerra, ha concitado en Francia toda la atención sobre el antisemitismo de Vichy y ha reducido la historia de la Colaboración a la de la participación administrativa y policial de los franceses en la reunión de los convoyes encaminados acto seguido hacia los campos de exterminio. Y, más generalmente, tal obstinación contribuye a perseverar en una vieja propensión de origen institucional de la historia del tiempo presente en Francia: la de privilegiar un periodo, el de la Segunda Guerra, presuponer que éste es sin discusión el acontecimiento fundamental, el de referir incansablemente todos nuestros retos del tiempo presente a los de 1940-1945. En este punto del razonamiento, el hecho es que no existe propiamente hablando una demanda social claramente formulada. Las contradicciones y las dificultades marchan a un paso, la sumisión al deber de memoria lleva esa demanda hacia la producción de verdad histórica.

Nos resta, sin embargo, permanecer perseverantes, permanecer prestos a oír y comprender toda demanda social, en nombre de una demanda suprema que podríamos llamar simplemente demanda cívica del tiempo presente. Esto no es una profesión de fe sino una conclusión a la vista de un lugar, la escuela, en el que la colectividad nacional ha delegado en los historiadores del tiempo presente, desde Jules Ferry y Ernest Lavisse, esta temible tarea. Sí; para educar a los jóvenes existe siempre una demanda social de transmisión a las nuevas generaciones de algunos anclajes fuertes y algunas revelaciones adquiridas acerca de la presencia del tiempo. Nosotros les respondemos a través de las enseñanzas de historia que son en este terreno – con las de España – las más arriesgadas de Europa occidental y, sin duda, del mundo entero. Esta enseñanza tiene dificultades y éxitos, pero es una realidad, es bien recibida por los alumnos, aclimata los objetivos e, incluso, frecuentemente se ha anticipado a los avances de la investigación.

Es desde luego por su respuesta a esta demanda concreta, que autoriza y da validez a todas las otras, por lo que la historia del tiempo presente ha mostrado inequívocamente que no era un medio para saldar deudas o para mantener a la víctimas en su memorable papel de víctimas. Sino, muy al contrario, que es un medio para conocer mejor y, especialmente, que es socialmente responsable de una sola cosa: de la elaboración y la difusión de una verdad que en adelante, gracias a su obra, estará mejor establecida.

[Traducción de Julio Aróstegui-Nieves García]